

Memoria y olvido

MIGUEL ESCUDERO*

Los versos de Antonio Machado ofrecen muchas buenas posibilidades para quienes busquen lemas nuevos para una añeja universidad. No se trata de remover los latinajos cultos de los viejos blasones, sino de enriquecer sus perspectivas y proyectos reales con un *santo* y *seña* que invite hoy a pensar. Me vienen ahora al recuerdo estos dos: “todo necio confunde valor y precio” y el más filosófico o *vital* “Del Hoy que será el Mañana, del Ayer que es Todavía”.

Debería ser bien sabida por todos la antigua sentencia que señala a la memoria, el entendimiento y la voluntad como las tres potencias del alma. Este aserto es

imperecedero aún para quienes a la vejez dicen haber descubierto que el alma no existe. El *alma mater*, como desde siempre *fue* conocida la universidad, no puede por menos que cultivar estas potencias para ser quien es. Sin embargo el espíritu universitario no siempre alienta en las universidades, éstas pueden hallarse en *estado gaseoso*.

Las facultades universitarias podrán contar con profesores *famosos*, con excelentes instalaciones y servicios informáticos generalizados, disponer de accesibles recursos económicos para viajar e ir a congresos o estar algún tiempo en un centro alejado. Pero el tesoro vertebrador de una universidad reside en la calidad de sus clases, las horas de

* Profesor Titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Catalunya.

aula. No hay quien ignore que hay profesores muy poco agradecidos, los hay aburridos e insoportables, los hay descarados y prepotentes, algunos desprecian de forma abierta a sus alumnos y otros no son lo suficientemente pacientes o doctos que debieran. Pero siempre son imprescindibles los profesores que contagien a sus alumnos —sus espectadores— ilusión por saber, transmitiéndoles la esperanza de que la realidad tiene sentido. Estos profesores son *inolvidables*.

Tal como reza su etimología, profesor es el que confiesa y declara abiertamente sus conocimientos, y lo hace con rigor por los carriles de la ciencia y del pensamiento. Las potencias del alma que debe exhibir están forradas en sus concavidades por el olvido, la duda y el deseo: para saber querer, esto es, buscar lo que no se tiene y se echa de menos, hay que aprender a desear; para poder entender hay que desplegar la imaginativa capacidad de dudar y de sorprendense. Y en el arte de disciplinar la espontaneidad, para que nuestra memoria sea *óptima* hay sin duda que *organizar el olvido*, una misión habitualmente *olvidada*.

Goethe, cuyo 250 aniversario de su nacimiento se acaba de conmemorar, conminaba a conquistar lo heredado de los padres. Tampoco en la cultura se puede ser “hijo de papá”. Todo ser humano está *obligado* a hacerse una cultura, un lugar donde trasladar sus propias entrañas. Se trata de forjarse una personalidad respondiendo a la propia circunstancia. A esta tarea contribuyen los *buenos* profesores, es decir, los que disfrutan haciendo disfrutar. Para esto deben *olvidarse* del pedestal, fatídica tentación del mundo intelectual. Nada mejor para ello que practicar la jovialidad, expendedora de alegre ironía y gran aliada del espíritu crítico, y hacerlo con generosidad. La actitud jovial es,

paradójicamente, la gran fuerza de una vida tomada en *serio*. Otra cosa es *la seriedad del asno* que a menudo se muestra cruel y carente de corazón o escrúpulos, y que no pocas veces abraza la frivolidad con muestras de soberbia pedantería, rara simpleza y *honda* superficialidad. Repitiendo la sistemática trampa de una *falsa* reflexión, el destino concreto de nuestro saber es reabsorber la pena con una expresión serena y convertirla en una esperanza infinita. Desde una respetuosa “distancia de seguridad” emocional, el buen profesor busca que *los suyos* —no hay otros en un aula— olviden el miedo a vivir con plena libertad. Tal superación se puede ensayar también en una clase de matemáticas, un mundo abstracto tan alejado de *Mi* vida, la de cada cual, y que tantas cosas y hechos nos obliga a *olvidar* para entrar en él.

La vida, qué le vamos a hacer, nos obliga a dormir para mantener la salud. Si no cayésemos en el sueño, nos podrían las calamidades. Y sin embargo, alguien debe estar en vela para que *todos* nos mantengamos sanos y salvos, incólumes. La pervivencia reclama *santidad* y no caer en el olvido de *alguien*, y así hasta el *último* momento de aliento. ¿Qué pasa más allá?

Las voces de los ancestros pueden ser un suplicio para nosotros cuando nos vemos obligados a “oírlas”. En ocasiones, para tener digna una conciencia y conservar su murmullo sagrado, hay que desobedecer esos ecos frenéticos, olvidar los odios y resentimientos enseñados acaso con sangre, superar las manías y fobias que amamantamos. Para no ser arrastrados por esos aludes de prejuicios nos conviene *guarecernos*. Debemos guardar nuestras entrañas en la garita del arquero-alción para conservar la salud y mantenernos *vivos*. Es un trabajo de curación, hemos de guarirnos.

Lejos del pánico nos refugiamos en el buen humor. “Del hombre que nunca se ríe, nadie se fíe”, dice nuestro refranero, pero también “quien ríe demasiado, es tonto confirmado”. Afirmaciones compatibles con esta tercera: “Quien quiera vivir bien, de todo se ha de reír”. Sólo desde tal postura risueña podemos poner entre paréntesis nuestras vivencias y hacerlas *fecundas*. Con su reducción fenomenológica, Husserl partía de que un objeto cualquiera no se puede describir porque tiene infinitas notas. Así pues, para saber hay que capturar las esencias, y la esencia de la vivencia está constituida, según una fórmula del filósofo alemán traducida por Marías, por “el conjunto de todas las notas unidas entre sí por fundación”. Para aprender hemos de elegir, desatender y relacionar, hemos de ensayar distancias y tiempos, hemos de *olvidar* pero también enfocar de forma sucesiva e intermitente las direcciones y trayectorias que nos rodean y analizar su posible convergencia.

En sus “Ensayos”, Montaigne hablaba de quienes han aprendido a usar la memoria pero no el entendimiento, y degeneraban de este modo en “des anes chargés de livres”. Acotaba de este modo un dicho popular en Francia un siglo antes, a finales del siglo XIV: “un rey ignorante es como un asno coronado”. Quien nos encabeza ha de *saber*, pero una cultura meramente “libresca” o erudita es *engañosa*. Por eso hay que suplicar, esto es, doblarse para rogar el paso por las aulas de la cortesía y la intensidad, la mesura y la pasión, la energía y la veracidad.

Para continuar hacia delante, conviene *olvidar* los elogios y los reproches, para con uno mismo y para con los demás. No hay que hacer caso, cuando menos hay que ponerlos entre paréntesis. En cambio, hay que tener clara conciencia de vergüenza, propia o ajena,

de lo que se dice o se oye o se ve. Para no alimentar esa vergüenza con nuestra colaboración, hay que tener vergüenza. Pasamos del dar al tener. En español “tener vergüenza” es sinónimo de tener amor propio, pundonor o dignidad, en las crónicas del rey Jaime I se da cuenta del grito *Vergonya, cavallers* con que estos se lanzaban al combate apelando a su valor, tras haber invocado a Santa María.

En la vida hay que abstenerse de buscar “saber muchas cosas”, siempre demasiadas porque nunca las podremos aprender *de verdad*, tenemos evidencia de ello. Para saber, hay que renunciar. En los rincones de las aulas daremos salud a la universidad estrujándonos los sesos para ofrecerle el trato a un modesto, alegre e ilusionado estudiante. El buen profesor no deja de ser un buen estudiante que persigue la entrega de un relevo para ir más allá, y lo hace con discreción, *olvidando* la importancia. La etimología de estudiante está emparentada con la de estuche, un recipiente en el que se guarda algo con estrecho celo. El estudiante que busca perdurar por los siglos es una persona que se aplica y esfuerza en lograr una entrega de conocimiento que se le ofrece, es el *pobre* y sano heredero.